

La Historia social y la historiografía española

Santos Juliá

[1]*

Como recuerda F.M.L. Thompson en el prefacio editorial a su reciente *The Cambridge Social History of Britain, 1750-1950*, la historia social es un campo cuyos contornos y fronteras han experimentado durante la última generación cambios fuera de toda medida: joven disciplina que carece de un marco de ortodoxia convencional, la historia social -escribe Thompson- deriva su atractivo y su fascinación de su apertura sin límites, de su libertad respecto a tradiciones establecidas, de sus hábitos eclécticos, lejos de la necesidad de sentirse respaldada por una versión autorizada. Esta carencia de límites reconocidos, de ortodoxia aceptada, de paradigmas dominantes, es la que ha permitido a Thompson incluir en los tres volúmenes que forman esta historia, junto a los temas clásicos y a las síntesis regionales, cuestiones como el crimen, la bebida, la alimentación, la casa, el ocio, la salud, la filantropía, los espacios de la sociabilidad¹.

Pero esas mismas características, que Thompson destaca como síntomas de juventud y vitalidad, han sido evocadas por otros autores como prueba de una evidente crisis de la historia social que, al ser incapaz de dar cuenta -ni proponérselo- de la totalidad, ha fragmentado su objeto y no puede ofrecer más que historias en migajas. El debate se ha abierto, como es habitual en todo debate teórico, después de que la práctica de investigación haya roto los límites impuestos por los grandes paradigmas

* Recojo aquí dos ensayos bibliográficos publicados con el mismo título, “La historia social y la historiografía española”, pero con diferente contenido, en Juan P. Fusi, ed., *La historia en el 92. Ayer*, 10 (1993), pp. 29-46, y en Antonio Morales Moya y Mariano Esteban de Vega, eds., *La historia contemporánea en España. Primer Congreso de Historia Contemporánea de España, Salamanca, 1992*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1996, pp. 183-196.

¹ F.M.L. Thompson, *The Cambridge Social History of Britain, 1750-1950*. 1, *Regions and Communities*; 2, *People and their environment*; 3, *Social agencies and institutions*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990 y 1992.

historiográficos dominantes desde la guerra mundial y ha respondido a la exigencia de la comunidad de historiadores de pensar teóricamente lo que venía haciendo ya en la práctica, como resultado de tanteos, del desbroce de nuevos caminos y de la apertura de nuevos campos más que de grandes teorías establecidas. Como sabemos desde Kuhn, la invención de nuevos paradigmas sigue a los resultados de la investigación emprendida para hacer frente a las "anomalías" y a la acumulación de nuevas preguntas que los paradigmas dominantes no pueden solucionar o responder².

El debate sobre la crisis de la historia social que aquí va a interesarnos fue iniciado en un célebre artículo de Lawrence Stone en el que sometía a crítica las conquistas de la llamada "nueva historia" y anunciaba un retorno a la narrativa como resultado de la desilusión provocada por el modelo de determinismo económico y por el declive del compromiso político e ideológico de los historiadores. Esa desilusión o cansancio y ese desapego habrían llevado a plantear nuevas cuestiones, a descubrir nuevos objetos de investigación y a establecer nuevas relaciones entre la historia y las ciencias sociales, privilegiándose ya no tanto la relación con la sociología y la economía sino con la antropología y la lingüística³. Diez años después de ese artículo, y mientras en efecto la historia social se alejaba cada vez más de la sociología y la economía y se acercaba paulatinamente a la antropología y a la lingüística, abordando las nuevas cuestiones que Stone evocaba en su artículo, dos prestigiosas revistas -*Annales* y *Storia della Storiografia*- dedicaban sendos números monográficos a replantear desde la raíz la relación de la historia con las ciencias sociales⁴.

Annales, en el último número del año 1989, publicaba un editorial en el que, bajo el título de "Tentons l'expérience", hacía balance de la versión dominante de la historia social como una historia de lo colectivo y numeroso, una historia que pretendía medir fenómenos sociales a partir de indicadores sencillos y cuantificables. A esa historia se le reconocía haber recogido y analizado un material enorme aunque al precio de haber concedido prioridad a las estructuras cuantificables y haber reificado la sociedad. Dominada por grandes modelos -funcionalismo, estructuralismo, marxismo-, esa

² Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1975.

³ El artículo de Lawrence Stone apareció en *Past and Present*, 85 (1979) pp. 3-24. Elisabeth Fox-Genovese y Eugene D. Genovese habían publicado antes -*Journal of Social History*, 10 (1976) pp. 205-220- un artículo sobre otro tipo de crisis, que llamaron política, de la historia social.

⁴ *Annales ESC*, noviembre-diciembre 1989 y *Storia della Storiografia*, 1990, pp. 17 y 18.

historia se veía abandonada por un número creciente de investigadores que reintroducían la memoria, el aprendizaje, la incertidumbre, la negociación en el centro del juego social; reintroducían, en definitiva, al sujeto que los grandes modelos habían abandonado en favor de las determinaciones materiales. Precisamente, en uno de los artículos más sugerentes de un número que ningún historiador puede desconocer, Gérard Noiriel, tras constatar el agotamiento del paradigma cuantitativo, abogaba por la apertura de la historia social a una ciencia social concebida no como ciencia exacta, preocupada por encontrar leyes objetivas que expliquen los hechos sociales, sino como ciencia de lo singular, de la experiencia vivida, que interprete más que explique el sentido de la acción. Volver a Dilthey a través de Weber y recuperar así al sujeto más que permanecer en Durkheim y derivar de los hechos sociales leyes universales: en tales términos podría resumirse la propuesta de Noiriel⁵.

Casi simultáneamente, *Storia della Storiografia* presentaba dos números dirigidos por uno de los más relevantes historiadores de la historiografía, Georg Iggers, que se proponían pasar revista a la historia social a finales de los 80. Iggers daba por supuesto, en la introducción a la colección de artículos, que el consenso de mediados de los 70 en torno a la concepción de la historia social como una historia analítica y cuantitativa de las estructuras y de los procesos sociales había sido sustituido por el retorno de la narrativa predicho por Stone, por un nuevo interés hacia los pequeños grupos y por una diferente concepción de la comprensión histórica. Como ya había señalado el propio Stone, la historia social se había acercado cada vez más a la antropología y a la semiótica dando así lugar a un debate del que podía resultar un nuevo y fructífero pluralismo⁶.

En ese debate, un conciso pero eficaz artículo de Natalie Zemon Davis daba ya por constituida una nueva historia social frente a la historia social clásica. No se trata solo de que una elija como objeto los grandes grupos sociales, preferentemente las clases, mientras la otra concede importancia a diversas formas de agrupamiento de género, edad, patronazgo, etnicidad; ni de que una utilice variables sociológicas cuantificables como la demografía, la tecnología, la economía, mientras la otra prefiere variables culturales, como los rituales o las actividades simbólicas; ni, en fin, de que la

⁵ "Tentons l'expérience" y Gérard Noiriel, "Pour une approche subjectiviste du social", en *Annales ESC*, noviembre-diciembre 1989, 6, pp. 1317-1323 y 1435-1459, respectivamente.

⁶ Georg C. Iggers, "Introduction", *Storia della Storiografia*, 1990, 17, pp. 3-4.

primera se mueva en amplios marcos como el Estado-nación o los imperios, mientras la segunda busca sobre todo el marco local, sino que por debajo de todo eso late lo que es tal vez la principal diferencia entre clásica y nueva historia social: la primera explica, la segunda interpreta; o, más exactamente, la primera explica estableciendo leyes; la segunda explica interpretando significados⁷.

Llegados a este punto, aparece con claridad que lo que distingue a las nuevas corrientes de historia social de las clásicas no es únicamente la apertura a nuevos objetos acarreados de cualquier forma a la consideración de los historiadores por las nuevas ciencias sociales -valores, edad, enfermedad, sexo, trabajo, ritual, símbolos-; tampoco que, recuperado el sujeto, la nueva historia social se interese por micro-unidades, por comunidades locales, por acontecimientos singulares o por la vida de una persona. Lo importante es que de nuevo se da prioridad al estudio del sentido y de la acción simbólica. Y eso es lo fundamental porque, para situar otra vez al sujeto en el centro de la preocupación del historiador, es preciso efectuar un salto epistemológico que nos lleva, hacia atrás, hasta Max Weber para quien, como recordaba Clifford Geertz en un párrafo que condensa el fundamento de esa nueva historia social, el ser humano es "un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido"⁸. Geertz llama cultura a esa trama y considera que su análisis no puede ser una ciencia experimental en busca de leyes sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Conocer no es en este análisis buscar causas, establecer leyes, sino interpretar expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie. La explicación se convierte en descripción densa; conocer es describir densamente, interpretar.

Una característica notable de este debate radica, como señala el mismo Noiriél, en que no es preciso explorar las posibilidades que ofrece la nueva historia social, la historia que reintroduce al sujeto, desacreditando a la vieja -antes nueva- historia social, cuantitativa, determinista, preocupada por establecer leyes de las que cada caso concreto fuera la variante, la excepción o la regla. Como no hay ya paradigmas totalizadores, lo que sea ciencia es lo que la comunidad de historiadores establece con su práctica como tal y, por consiguiente, esa comunidad puede proceder como procede toda comunidad de científicos, sean sociales o no: tanto por renovación de los paradigmas como por

⁷ Natalie Zemon Davis, "The shapes of social history", *Storia della Storiografia*, 1990, 17, pp. 28-34 (hay traducción española en *Historia Social*, 10, primavera-verano 1991, pp. 177-182).

⁸ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa, 1988, p. 20.

acumulación de los conocimientos obtenidos por la anterior práctica de la investigación. No es preciso echar a la basura la historia cuantitativa o la historia de grandes procesos sociales para reclamar un estatuto científico a esta nueva historia social interpretativa, de la misma manera que no era preciso despreciar a los historiadores alemanes y británicos del siglo XIX y principios del XX para resaltar la importancia de las nuevas corrientes de historia social francesa o británica que tanto les debían: sin la gran tradición de la historiografía económica, política y social británica no habría sido posible la obra del célebre "Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico", que se configura en constante diálogo y debate con el medio académico, universitario, en que el Grupo surge y se consolida hasta su posterior desagregación. El conocimiento científico es acumulativo y quien desprecie el pasado del que viene está obligado a saltar sobre el vacío, un deporte propio de suicidas.

Lo cual quiere decir, en definitiva, que en historia social, como en toda ciencia social, estamos abocados al pluralismo epistemológico y al debate permanente. Los tiempos de los grandes paradigmas totalizadores, tiempos en los que se decía que no había ciencia histórica sin una teoría de la sociedad, que no podía haber pretensión científica sin una teoría general de la sociedad, están pasados y bien pasados, no porque lo que se haga a partir de ese supuesto sea deleznable o inútil, sino porque será necesariamente parcial y porque sólo podrá dar cuenta de algunos fenómenos sociales. Ni el funcionalismo, ni el estructuralismo, ni el marxismo pueden mantener, con el retorno del sujeto al centro de la preocupación de la ciencia social, su vieja pretensión de explicarlo todo.

Esta crisis de los grandes paradigmas se ha interpretado como crisis de la historia social, a la que se achaca, en sus nuevos derroteros, falta de teoría y uso impreciso de los conceptos. En realidad, como ha visto Chartier, el reflujó de esos grandes paradigmas -del estructuralismo y del marxismo, especialmente- no significa que la ciencia social, la sociología y la antropología, estén en crisis; significa más bien que el trabajo del historiador ha experimentado ciertos desplazamientos que le llevan a renunciar a un proyecto de historia global para descifrar la sociedad penetrando su red de relaciones desde un punto de entrada particular: de ahí la microhistoria, la historia antropológica, la biografía; de ahí también la renuncia a las clásicas divisiones sociales

para dar cuenta de las distancias culturales y considerar así el sexo y la edad, las tradiciones, la educación, las creencias⁹.

No estamos, pues, ante una crisis de la historia social sino únicamente ante el fin de la pretensión hegemónica o exclusiva de los grandes paradigmas de los que surgió la historia social. Por cierto, esa pretensión nunca llegó a convertirse en realidad, pues de todas formas, la historia del acontecimiento, la descripción densa, la biografía, la historia política, la historia de la vida diaria, la historia de la cultura, la antropología histórica, han gozado durante los años del predominio de los grandes paradigmas de buena salud y no han escaseado sus cultivadores. Lo que ocurre es que esos cultivadores han pasado ahora a primer plano y reivindican con fuerza no ya un lugar al sol sino la cabeza del cortejo. No es, por tanto, el momento de una crisis sino el comienzo de un verdadero pluralismo, del relativismo epistemológico impuesto por la sencilla evidencia de que -por aducir un ejemplo clásico- con la historia de Menocchio contada por Ginzburg hemos aprendido tanto de su mundo como con varias historias cuantitativistas, de series de precios o salarios, sean de inspiración estructuralista o marxista.

Sin duda, este pluralismo exigirá de la comunidad científica algo muy similar a lo que Paolo Rossi atribuía a la democracia: "dosis muy altas de madurez, mucha disponibilidad para escuchar, mucha capacidad para soportar, una notable capacidad de vivir con la ausencia de ilusiones". También como la democracia, el pluralismo está unido "de manera prevalente (aunque no exclusiva) a una filosofía (el empirismo) que no nos hace estremecer, que parece ser escasamente excitante, que nació polemizando con el "entusiasmo", que insiste sobre los límites de lo posible, sobre lo provisional de las soluciones, sobre su parcialidad y revisión"¹⁰. Tal vez algunos interpreten este nuevo talante como crisis de la historia en la medida en que con él será ciertamente imposible reconstruir la historia como una Totalidad Unitaria. Para otros, sin embargo, sólo en él radica la incierta posibilidad de vivir a la vez sin ilusiones y sin renunciar al ejercicio de la razón.

* * *

⁹ Roger Chartier, "Le monde comme representation", *Annales ESC*, noviembre-diciembre 1989, 6, 1505-1520, incluido en *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

¹⁰ Paolo Rossi, *Las arañas y las hormigas*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 239-240.

Al afrontar ahora el tema de la situación actual de la historia social que se escribe en España en relación con la que se produce en otros países es preciso alejarse por igual de dos posiciones extremas, o más bien de una, sin correr hacia la otra. Consiste esa posición en afirmar que en España no se hace historia social, que vivimos, en lo que respecta a esa materia, es una especie de territorio desértico al que fuera preciso llevar las primeras conducciones de agua. Rechazar esta visión, que se resume en el célebre "en este país todo está por hacer", no significa sin embargo afirmar la contraria. Por decirlo con dos negaciones: ni esto es un yermo ni aquí ha germinado nunca una original corriente de historia social¹¹. Por decirlo con dos afirmaciones: 1) hemos producido lo que es ya un significativo volumen de estudios de historia social, pero 2) en su objeto y en la concepción teórica o el instrumental metodológico que los anima, esos trabajos son deudores de corrientes alumbradas en otras comunidades académicas. No estamos en un desierto, pero el agua que riega nuestros campos alumbra lejos. Este es el primer diagnóstico que podría hacerse de nuestra historia social.

Las razones de esta situación vienen de antiguo, de principios de siglo. Podría decirse, en resumen, que ha habido dos momentos principales de diálogo entre la historia y las ciencias sociales de las que han surgido diferentes corrientes de historia social. La primera, en el primer tercio de siglo, fue resultado del encuentro de sociólogos e historiadores en torno a los tres grandes hechos sociales fundadores de nuestro tiempo: el hundimiento del antiguo régimen, la revolución industrial y el capitalismo. En Francia, ya desde Saint-Simon y Comte, la preocupación dominante de la nueva ciencia social consistía en encontrar los fundamentos de una nueva comunidad moral no sostenida en la obediencia a poderes tradicionales o en la religión; para los británicos, la cuestión central fue la radical transformación de las relaciones sociales que acarreó el industrialismo; de Alemania procedían los sociólogos que situaban como centro de su reflexión el fulgurante auge del capitalismo, de las formas de organización del trabajo industrial y de la nueva clase social, la burguesía. Comte y Durkheim; Spencer y Darwin; Marx y Max Weber son los grandes pensadores de esos fenómenos

¹¹ Desearía aclarar que éste, y no otro, era el sentido de las razones que daba en *Historia social/Sociología histórica* (Madrid, Siglo XXI, 1989) para no tratar de España: no que entre nosotros no se hiciera historia social sino que en ese terreno "no había surgido ninguna corriente historiográfica original en lo que va de siglo".

que reciben el nombre de nueva comunidad moral, industrialización y evolución, capitalismo y Estado nacional.

El diálogo de los historiadores con ese pensamiento dará lugar a las tres grandes corrientes de la historia social y de sociología histórica de la primera mitad de nuestro siglo: el marxismo británico, la escuela francesa de Annales y la historia comparada de hechos sociales de relevancia universal. Mi primera tesis es que en España no existió ese diálogo porque, por una parte, no se había producido a principio de siglo ni el hundimiento súbito del Antiguo Régimen por una revolución, ni un proceso de industrialización rápido y masivo, ni la aparición de formas capitalistas tal como fueron teorizadas por Max Weber y, por otra, porque la institucionalización de la sociología y la irrupción de una comunidad académica de sociólogos que situara en el centro de su reflexión las transformaciones de la sociedad española no tendrá lugar hasta bien entrados los años 60.

En España, lo que dominaba la conciencia colectiva de las élites intelectuales a principios de siglo era el desastre. Mucho se ha escrito sobre el desastre y su impacto en las sucesivas generaciones de intelectuales, sobre todo, claro está, en las del 98 y del 14. Bastará aquí señalar una consecuencia del desastre en la reflexión historiográfica: en lugar de sociólogos, en lugar de un Spencer que piensa lo social/británico en términos de evolución regida por una ley natural; en lugar de un Durkheim que piensa lo social/francés en términos de solidaridad orgánica; en lugar de un Weber que piensa lo social/alemán/europeo en términos de capitalismo, en España el dominio del pensamiento social perteneció a filósofos que salieron a los caminos de la historia en busca del ser nacional¹². Constituyeron como problema central de su reflexión no un hecho social sino un concepto y hasta una metafísica -España o el ser de España-¹³. El resultado fue que mientras en Inglaterra los grandes debates historiográficos se centraron en cuestiones como la transición del feudalismo al capitalismo o el nivel de vida de la clase obrera durante la revolución industrial; mientras en Francia se trataba de encontrar una historia total, capaz de establecer la sociedad como objeto de ciencia

¹² La primera cátedra de sociología de la Universidad Central es de 1916 y la ocupa, frente a José Castillejo, Severino Aznar con los votos de "tres íntimos amigos y paisanos, dos de ellos sacerdotes": F.J. Laporta, A. Ruiz Miguel, V. Zapatero y J. Solana, "Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios", *Arbor*, 493 (enero 1987) pp. 72-75.

¹³ "Hace ya mucho tiempo que todo era metafísica en España", lamentaba María Zambrano tras afirmar que "la historia de España se nos había convertido en una encerrona": "El español y su tradición", *Hora de España*, IV (abril 1937), pp. 266 y 264

histórica y mientras los alemanes debatían sobre hechos sociales singulares como objeto de la ciencia social y producían obras como *El burgués* o *Economía y sociedad*, en España la gran polémica filosófico/histórica de la primera mitad de siglo, acentuada y agravada por la catástrofe de la guerra, versará sobre el origen y el ser de los españoles, que las máximas figuras del Centro de Estudios Históricos fueron a buscar a las alturas medievales o en el Siglo de Oro. No por casualidad, la única escuela española de investigación que ha obtenido respeto universal fue -según recuerda Dámaso Alonso- la creada en torno a Menéndez Pidal en la Sección filológica del Centro de Estudios Históricos¹⁴.

Es evidente que de esa "escuela española" y de la posterior polémica en torno al ser de España -todo lo rica que se quiera- no podía nacer una corriente original de historia social, o sea, de una historia que constituye como objeto de su reflexión hechos y determinaciones sociales. Tal vez una historia social propia habría podido surgir - como ha señalado Josep Fontana- de la obra de Rafael Altamira, pero en todo caso, si eso pudo haber sido así, la guerra y la larga posguerra liquidaron esa posibilidad¹⁵. Habrá, como escribe el mismo Fontana, que "partir de cero" (como habrá que partir también de cero en sociología)¹⁶ y esperar a los años 50 y 60 para que se renueven los intentos de historia social debidos, como se sabe bien, a la recepción entre selectos círculos de historiadores de las corrientes francesas más que a un diálogo autóctono entre científicos sociales e historiadores, lo que no dejará de condicionar la posterior evolución de esa (re)naciente historia social.

Ha sido José Maria Jover -autor, por cierto, en 1951, de un excelente estudio de historia de las mentalidades- quien se ha encargado de levantar el balance de los caminos abiertos por esa historia social, de sus núcleos de interés y de los ambiguos

¹⁴ Citado por Francisco Abad, "La obra filológica del Centro de Estudios Históricos", en J. M. Sánchez Ron, coord., *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, 1988, 2, p. 505.

¹⁵ J. Fontana, "La historiografía española del siglo XIX: un siglo de renovación entre dos rupturas", en S. Castillo, coord., *La historia social en España*, Madrid, Siglo XXI, 1991, p. 332. José M. Jover ha insistido en la "filiación anglofrancesa del concepto de civilización que inspira la obra de Altamira", en *La civilización española a mediados del siglo XX*, Madrid, Espasa Calpe, 1992, p. 310.

¹⁶ En sociología, el corte de la guerra produjo efectos más devastadores porque arrojó al exilio a sus tres figuras más prometedoras: Francisco Ayala, Luis Recaséns y José Medina Echavarría (que edita en México ¡en 1944! *Economía y Sociedad*, de Max Weber); ver, todavía con provecho, Enrique Gómez Arboleya, "Sociología en España" (1958), en S. Giner y L. Moreno, *Sociología en España*. Madrid, CSIC, 1990, pp. 17-50.

resultados finales¹⁷. Los límites que Jover señalaba hace veinte años a la historia social consistían en que había suscitado cuestiones fundamentales dejando en penumbra la realidad social en la que se sustentaban. Así, señalaba Jover, no hay ninguna historia que haya abordado el estudio de la sociedad española del siglo XIX de manera global. Las que lo han intentado, habría que catalogarlas más que de historia social de historia general a la manera clásica. Lo mismo podría decirse del desequilibrio existente entre la muy en boga historia del movimiento obrero y la desatendida historia de las clases trabajadoras y, en fin, de la atención prestada a la revolución burguesa y a la reiterada entrada en escena de la burguesía en contraste con una talla y una fisonomía que quedaban indecisas, desdibujadas. A Jover le causaba cierta perplejidad la omnipresencia de una burguesía de la que por otra parte se ignoraba casi todo.

Tal vez pueda encontrarse un motivo estrictamente histórico y de sociología académica a esta debilidad de fondo de nuestra historia social clásica. El descubrimiento de las clases sociales y de la relevancia que las diferentes estructuras de clases tienen para la configuración del poder político ha sido, en España, obra de los sociólogos que reflexionaron sobre la gran transformación de los años 60 y 70. No les quedó entonces más remedio que cuantificar y afinar conceptos: el éxodo rural y las transformaciones de las comunidades campesinas, la aparición de una nueva clase obrera con la expansión de las ciudades, y el crecimiento de las clases medias fueron algunos de los núcleos de interés de la naciente sociología española de los años 60 que, sin embargo, no estableció un diálogo fructífero con la historia, dedicada casi sin excepción al siglo XIX. De ahí que los historiadores hayan hablado de revolución burguesa o de movimiento obrero desconociendo casi todo de la burguesía y de la clase obrera, mientras que los sociólogos hablaban de la gran transformación de los años 60 desconociendo casi todo de la estructura de clases anterior a la guerra civil. Cuando la historia social se expandía en las universidades europeas y americanas gracias al diálogo entre urbanistas, demógrafos, sociólogos, expertos en nuevos movimientos sociales, antropólogos, economistas e historiadores, en España cada cual había acotado su territorio sin dar ocasión a ese tránsito fronterizo o ese cruce de caminos del que ha procedido el impulso para la historia social.

¹⁷ José M. Jover, "El siglo XIX en la historiografía española contemporánea", en J. M. Jover, coord., *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, 9-151. Sería interesante averiguar qué ha pasado con los grandes temas de historia social evocados en este ejemplar estudio de historiografía, lamentablemente no continuado por nadie con idéntica erudición y elegancia crítica.

A esa razón de fondo podría añadirse la circunstancia de que la historia social contemporánea que surge de la Universidad española de los años 60 y 70 procede de una tradición en la que domina la historia de las ideas. Aunque habría que emprender un análisis detallado y riguroso, mi impresión primera es que nuestra historia social se define, en sus orígenes recientes, por la importancia concedida al movimiento obrero y, dentro de él, a los textos en que aparecen resoluciones de congresos, ideologías de dirigentes, programas de acción. Lo social no se refiere a hecho social, en sentido durkheimiano, ni a la búsqueda de determinaciones sociales, en sentido marxista, sino a movimiento obrero y tiene el mismo significado que lo social tenía cuando se predicaba de "cuestión social", algo que afecta a las clases desposeídas y a sus políticas de emancipación. No hay que decir que el influjo del marxismo en los historiadores se centró sobre todo en una preocupación política y moral por las clases explotadas más que en cuestiones de teoría, método o de epistemología: se era marxista si se hablaba de clase obrera o campesina aunque al hablar de ella se estuviera haciendo la más tradicional y positivista historia de las ideas.

Si se intentara trazar para el momento presente un nuevo balance de la historia social que Davis llama clásica habría que reconocer que los límites señalados por Jover, aun sin haber desaparecido, han retrocedido considerablemente. Gracias a una multitud de estudios regionales y locales se sabe hoy mucho más de la estructura social española contemporánea que hace veinte años. Por su parte, las críticas recibidas por una historia del movimiento obrero muy centrada en lo institucional y muy ideologizada han dado su fruto en una exploración más sistemática de las condiciones de trabajo y la composición de la clase obrera, y en algunos intentos de penetrar en la cultura obrera o, más exactamente, en la cultura de la minoría dirigente de la clase obrera organizada. En fin, tal vez la gran cuestión pendiente de las señaladas por Jover en 1971 sea la de la relación entre nuestra célebre revolución burguesa y nuestra burguesía. Cuestión que no tiene salida si no se define unívocamente los conceptos de revolución y burguesía y seguimos designando con idéntico concepto -revolución- la secular transición del feudalismo al capitalismo -en la que se emplearon cinco siglos según los cálculos más optimistas- y lo acontecido en alguna gloriosa fecha del siglo XIX; o designamos con la misma palabra -burgués- a Rockefeller y al mismísimo duque de Osuna, por el hecho de que ambos fueran propietarios de sus medios de producción en un mercado libre. En todo caso, los trabajos sobre testamentarias y protocolos notariales que se han

emprendido en diversas plazas y el estudio sistemático de los padrones como mejor vía para el conocimiento de la estructura social podrán todavía decirnos cosas que ignoramos de la sociedad española de los siglos XIX y XX. La historia social clásica, si ha recorrido un notable camino en las dos últimas décadas, tiene todavía un futuro entre nosotros, que estamos lejos de haber agotado la mirada sociológica en su exigencia de cuantificar con rigor los hechos sociales.

¿Y de la nueva historia social? Quizá todavía es pronto para presentar un análisis detallado de los caminos que está recorriendo entre nosotros ese nuevo intento de recuperar el sujeto. Sólo a modo de acercamiento, presentaré aquí el resultado de una somera pesquisa en el contenido de los doce primeros números de la revista *Historia Social* (1, primavera-verano 1988/12, invierno 1992) con referencias marginales a *Historia social en España*, volumen que recoge, bajo la dirección de Santiago Castillo, las ponencias y comunicaciones presentadas al primer congreso de la Asociación de Historia Social y, en fin, al número monográfico que *Historia Contemporánea* (5, 1991) dedica a historia social y de las mentalidades. No he tenido en cuenta lo publicado por la más veterana *Estudios de Historia Social* porque el carácter monográfico de algunos de sus últimos números podía sesgar los resultados.

Historia Social, al presentar sus contenidos agrupados en cuatro secciones - estudios, dossiers, controversias y teoría y método, aparte de libros, que no cuento aquí - permite realizar una exploración más completa y discriminada de la producción más reciente. En los doce primeros números, lo primero que salta a la vista es la ausencia de artículos teóricos. La sección teoría y método sólo ha aparecido en cuatro números, pero de ellos, dos son de método o, más precisamente, de técnicas, pues los dos se refieren al uso de las memorias y diarios personales para la historia social; y los otros dos no son de método ni de teoría: uno es sencillamente una interpretación ecologista de historia de América Latina; y el último es una revisión de las cuestiones suscitadas en la bibliografía por el anarquismo español.

Debíamos preguntarnos por esta carencia de reflexión teórica, especialmente porque no pocos de los miembros del consejo de redacción están realmente preocupados por la teoría y porque no faltan entre nosotros declamaciones, más bien retóricas y vacías de propuestas prácticas, sobre la necesidad de teoría para la historia y de historia teórica. La teoría emerge, en historia, casi siempre como resultado de una reflexión autónoma sobre un considerable volumen de práctica previa y de la discusión con otras

ciencias sociales y con la filosofía. Ambas cosas faltan notoriamente entre nuestros historiadores profesionales, con la excepción tal vez única de los económicos que mantienen muy sugerentes debates no ya sobre los resultados de sus investigaciones sino sobre el propio método y objeto de la historia económica.

La carencia de teoría obedece a que en las facultades de Historia y en los encuentros de historiadores no suelen suscitarse discusiones con sociólogos, antropólogos, urbanistas, demógrafos. La historia ha progresado en su autoconciencia sólo cuando y sólo si ha confrontado sus resultado con los de otras ciencias sociales. Explicar las causas de que en España no se haya producido el encuentro y la confrontación entre historiadores y otros científicos sociales obligaría a emprender un análisis sociológico de la profesión, que está naturalmente fuera de mi alcance ahora. Pero una cosa parece clara: los historiadores conocen mal la historia del pensamiento y de la investigación sociológicos. Sólo así es posible escribir que Durkheim es un evolucionista en la línea de Spencer o que Weber lo es en la línea de Spencer y Durkheim¹⁸. Más aún: sólo gracias a un trato muy superficial con la teoría sociológica puede haberse producido la lamentable confusión entre marxismo y un vulgar funcionalismo que caracteriza a un sector de nuestros historiadores teóricos¹⁹; sólo por desconocimiento puede mantenerse todavía la afirmación de que la teoría es la alternativa al positivismo, como si el positivismo no fuera una teoría y como si, para mayor inconsecuencia, no fuera precisamente esa teoría que algunos añoran, es decir, la teoría que convierte a la sociedad en objeto de una ciencia que pretende establecer leyes universales. Fue el positivismo el que reclamó para la sociedad el mismo discurso que para las ciencias naturales y sólo un positivista convencido podría afirmar que no puede haber ciencia sin una teoría general de las sociedades en movimiento²⁰. Estas afirmaciones, que no están dichas al buen tuntún sino escritas y publicadas, muestran

¹⁸ Comte, Spencer, Durkheim aparecen como los sucesivos elaboradores de la "visión evolucionista clásica" en Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 61. A veces, esta alegría con los clásicos roza el disparate: de las "teorías evolucionistas" de Spencer, Durkheim, Weber y Tonnies se habría derivado la sociología funcionalista, según J. A. Piqueras y E. Sebastián, *Agiotistas, Negros y Partisanos*, Valencia: Alfons el Magnanim, 1991, p. 13.

¹⁹ Sobre la confusión del marxismo con el funcionalismo vulgar traté en "Cuestiones de *Historia*", *Zona Abierta*, 33 (octubre-diciembre 1984) pp. 147-162.

²⁰ "Sin una 'teoría general de la sociedad en movimiento', sabemos, no puede haber pretensión científica", asegura, con ese peculiar énfasis dogmático, José A. Piqueras en Santiago Castillo, coord., *La historia social en España*, p. 110, con lo que se tiene por no científica la mayor parte de la producción de las ciencias sociales, afortunadamente libre de "una teoría general...".

bien que incluso los historiadores preocupados por cuestiones teóricas incurren en errores de bulto que indican, sobre todo, los límites de sus conocimientos en campos ajenos a la especialidad: si Durkheim y Weber son evolucionistas como Spencer, ¿qué cosa sería entonces Marx, que hasta pretendió dedicar su *Capital* a Darwin?

Sin una reflexión teórica autónoma sobre el propio trabajo y sin una confrontación con el trabajo de los demás es lógico que el nivel de controversia sea también exiguo por no decir inexistente. De nuevo: *Historia Social* sólo ha podido presentar hasta 1992 tres controversias. De ellas, dos con artículos traducidos: el célebre "Crisis política de la historia social", de los Genovese -que de todas formas hay que seguir leyendo en inglés porque se trata de un pésima traducción- y otro de nueva historia social sobre lenguaje, género e historia de la clase obrera. La única controversia entre autores españoles publicada no ha tenido por objeto la historia social sino "nacionalismo e historia", lo que no deja de ser sumamente significativo. No hay controversias en la revista, aunque entre nosotros sea habitual el lamento por la falta de verdadero debate.

En resumen, la escasa reflexión teórica sobre el propio trabajo y la falta de diálogo real con otras disciplinas son probablemente las causas de que entre nosotros no se haya originado nunca una corriente propia de historia social. Lo cual no quiere decir que aquí no se haga historia social: quiere decir sencillamente que no hemos originado ninguna escuela, ninguna corriente *propia* de historia social. Hemos recibido, como nuestros mayores, el influjo de escuelas o grupos establecidos en otras comunidades académicas, a las que conocemos, en general, algo tardíamente, si bien en este terreno la mayor familiaridad con el inglés y la mejor dotación de nuestras bibliotecas y hemerotecas universitarias ha reducido de forma significativa la distancia con la producción internacional. Pero la escasez de reflexión teórica y de controversia no debe confundirse con falta de trabajo, como si todo estuviera por hacer o no se hubiera hecho nada. Si continuamos el análisis se verá que tanto el volumen como la calidad de algunas de nuestras últimas producciones no es escaso y que en no pocos campos podemos dialogar tranquilamente con nuestros colegas de más ricas tradiciones historiográficas. ¿Cuáles son esos campos en historia social contemporánea?

Volvamos a *Historia Social*, esta vez a la sección de *dossiers* para pasar luego a la de estudios. En sus doce primeros números, la revista ha presentado diez *dossiers* que iluminan inesperadamente rutas, logros y carencias de nuestra historia social. Se han dedicado, por orden de aparición, a: anarquismo y sindicalismo, populismo, historia y

antropología, huelgas, crimen y castigo, historia de las mujeres, pauperismo, dos décadas de historia social, negocios, política y poder y formación de la clase obrera. Sin violentar su contenido, esos *dossiers* son susceptibles de agruparse, por su objeto, en cuatro grandes apartados: 1) de teoría e historiografía, dos: historia y antropología y dos décadas de historia social; 2) de lo que Davis llamaría historia social clásica, cuatro: anarquismo, populismo, huelgas, negocios...; 3) de historia social a caballo entre clásica y nueva, uno, el dedicado a la formación de la clase obrera; 4) de nueva historia social, otros tres: crimen, mujer, pauperismo. Curiosamente, los trabajos elegidos para llenar los dos *dossiers* de teoría son todos, sin excepción, traducciones de autores extranjeros; todos los artículos de historia social clásica, menos dos, son de españoles; mientras que la historia social nueva y la que he definido como a caballo entre nueva y clásica aparece dominada también por traducciones aunque asoman ya tímidamente su cabeza los autóctonos.

Si estos resultados pudieran extrapolarse, y, a la vista del contenido de los otras dos publicaciones objeto de esta exploración, creo que pueden, tendríamos que para enterarnos de los debates teóricos debemos acudir irremediablemente a traducciones mientras que en historia social clásica seríamos, sin embargo, casi suficientes aunque sólo para temas regionales o locales españoles. En este campo nos queda por producir, y no es anecdótico, elaboraciones a largo plazo, tratamientos exhaustivos de ámbito estatal y comparación internacional. Es significativo que en el *dossier* dedicado a huelgas, los autores españoles se ocupen sólo de huelgas locales, mientras que el único autor que estudia la huelga a largo plazo para establecer ciclos y tendencias es italiano. No me gusta insistir sobre lo obvio, pero este es uno de los frutos que cosechamos por nuestra más que demostrada proclividad a dedicar últimamente lo mejor y más intenso del esfuerzo a historia local, lo que implicará un irreparable empobrecimiento en la comprensión de aquellas cuestiones que se realizan en un ámbito superior al de la localidad, región o nacionalidad, como, por ejemplo, la clase social, que no puede entenderse si no es en estrecha relación con el Estado.

Tan significativo como este dato es que, en lo que respecta a los *dossiers* que he agrupado como de nueva historia social, predominen las traducciones aunque no ocupen todo el espacio disponible. Es en este terreno donde están apareciendo trabajos de interés dedicados a la delincuencia, los marginados, el pauperismo y la mendacidad, las mentalidades, la historia de las mujeres. Son nuevos territorios, antes menos explorados,

situados en ocasiones bajo la larga sombra de Foucault y que, al contrario de la historia social clásica, no reifican la sociedad aunque tienden a reificar el discurso y sustituir el análisis de lo real por comentarios y glosas sobre discursos exteriores a lo real, en nuestro caso, discursos elaborados por autores franceses sobre textos franceses para situaciones francesas. No siempre es así, aunque en algunos trabajos recientes sobre delincuencia y clase obrera, lo que verdaderamente cuenta es el discurso de profesionales, filántropos, médicos, reformadores, moralistas, sean a no del lugar y del tiempo al que se refiere la investigación²¹.

El análisis de la sección "estudios" confirma que los autores españoles son especialmente fuertes en historia social clásica, que es por otra parte la que más trabajos acumula en esta particular clasificación: 13 de 29. La mayor parte de esos artículos, cinco, se dedica a clase obrera y sindicatos, seguidos de patronos, de los que se ocupan tres y, con un solo artículo cada uno, marginados, artesanos, mujeres, movimientos sociales y ejército. También es la clase obrera la que va en cabeza de lo que podría clasificarse como nueva historia cultural, con otros tres artículos, de los cuatro que contabilizo, dedicándose el otro al discurso de la muerte. Pero la revista no ofrece de este tipo de historia ningún enfoque que la diferencie de una clásica historia de las ideas o de la historia política en sentido estricto. Y por lo que se refiere a la etnohistoria, tres artículos -sobre una comunidad obrera, el Carnaval y el débito conyugal- es todo lo que he podido encontrar.

Cuando se estudia por autores, el contenido de esos 29 artículos confirma las conclusiones anteriores: mientras los autores de los artículos de historia social clásica y de historia de las ideas son en su inmensa mayoría españoles, los que se ocupan de historia cultural y etnohistoria son extranjeros, tres franceses y una italiana. No aparece, por lo demás, ningún autor español que haya escrito ningún artículo sobre países extranjeros, excepto un análisis del socialismo en Estados Unidos, realizado sobre fuentes secundarias; ninguno que compare algún hecho social de su localidad con el resto de España o lo inserte en una perspectiva europea; ni ha habido tampoco en esa sección espacio para trabajos que permitan entrar en diálogo con la historia social de otros países: solo uno, de autor mexicano y sobre el artesanado mexicano. Se percibe,

²¹ Sólo a modo de ejemplo citaré los libros, de muy diverso aliento, de Pedro Trinidad, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, Alianza, 1991 y José Sierra Álvarez, *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*, Madrid, Siglo XXI, 1990, que destinan más de la mitad de sus páginas a discursos generados en Francia.

en fin, un notable predominio de artículos sobre Cataluña y escritos por catalanes sobre los de cualquier otra nacionalidad o región, lo que indica claramente una mayor vitalidad de la historiografía catalana a la vez que su abrumadora dedicación a la historia de Cataluña; de doce artículos de nacionalidades o regiones, cinco se ocupan de temas catalanes, dos del País Vasco y uno de Galicia, Aragón, La Rioja, Andalucía y Valencia. Es quizá no más que una coincidencia que los dos del País Vasco se refieran a asociaciones o política patronales.

Esta breve incursión por contenidos y autores de sólo doce números de una revista no autoriza a extraer conclusiones definitivas, pero estudios de este tipo aunque más exhaustivos permitirán abandonar el lenguaje de las afirmaciones generales y moralizantes en las que a veces nos movemos cuando se trata de examinar nuestra producción. Es inútil lamentar que sea éste un país en el que no se hace crítica, en el que no se discute, en el que todos estamos apegados a las prebendas, atentos sólo a la última moda para copiarla desordenadamente, con una universidad sin disciplina intelectual, con profesores faltos de cualquier interés y ocupadísimos todos en la celebración de aniversarios. Nuestra universidad ha producido en los últimos veinte años un impresionante corpus de un tipo de historia que exige, como ninguna otra, disciplina y curiosidad intelectual, diálogo con otras ciencias humanas y con el exterior y dominio de métodos sofisticados: la historia económica -de la industria, de la agricultura, de la moneda, del transporte, de la hacienda-. Y la universidad que ha producido tales estudios es exactamente la misma que alberga a historiadores de lo social y de lo político. No conducen a nada, pues, las consideraciones moralizantes, los juicios de intención y las afirmaciones generales que al abarcar el todo no se refieren más que a la nada; lo que nos falta son análisis sociohistóricos de la historia y los historiadores sociales, hacer sociología de nuestra comunidad científica, de la financiación de nuestro trabajo, de la demanda realmente existente, de los productores, del producto, de la distribución y del consumo; del mercado, en una palabra. Es seguro que si emprendiéramos esos trabajos como se acomete una investigación para una tesis doctoral tropezaríamos con más de una sorpresa.

[2]

Después de haber publicado, hace algo más de un año, la comunicación sobre historia social presentada en el Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea celebrado en Salamanca¹, la única justificación posible de una nueva incursión por idéntico territorio es la incomodidad que se siente al entregar el mismo texto dos veces, práctica en la que casi todos incurrimos pero de la que no conviene abusar. Y, puesto que en una revisión estamos, comenzaré aclarando un malentendido acerca de mi opinión sobre el estado de la historia social en España que me gustaría disipar porque, debido a la eficacia de la metáfora que erróneamente se me atribuye, veo que otros la toman ya por moneda corriente y me la endosan de forma rutinaria, como si en efecto fuera yo el autor del símil.

En una reseña del libro de Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, publicada en *Ayer*, 6, 1992, p. 150, y de nuevo, en “Sobre desiertos y secanos: los movimientos sociales en la historiografía española”, aparecida en *Historia Contemporánea*, 7, 1992, p. 101, Carlos Forcadell asegura que la historia social en España es, para mí, y subraya la palabra como si citara textualmente, un *desierto*, mientras que “para otros, más generosos, el territorio de la historia social es un secano”. En realidad, yo nunca he definido la situación de la historia social -ni de cualquier otra historia- en España con la voz “desierto”. Lo que escribí entonces fue que, en unas páginas destinadas a presentar varias escuelas o corrientes de historia social, no había lugar para España porque entendía que aquí no se había producido ninguna corriente original de historia social en lo que iba de siglo; nada comparable a *Annales* o al Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico. Eso es todo lo que yo decía: no que no se haya escrito historia social en España, sino que no ha existido ninguna corriente original española, como sí las hay francesa, británica, alemana, italiana, americanas, de historia social y que si quisiera dar cuenta de ese

¹ “La historia social y la historiografía española”, *Ayer*, 10 (1993), pp. 29-46

fenómeno tendría que escribir la historia de una carencia². Aclararé además que me parecía ocioso dedicar al “secano español” el epílogo de un libro no porque –como de nuevo me atribuye Forcadell- estuviéramos en un desierto y nada hubiera o haya que decir acerca de España, sino por todo lo contrario, esto es, porque el autor de ese epílogo se limitaba a lamentar lo mal que andaba todo –y lo mucho que todos corremos tras prebendas y favores de los poderes públicos- sin entrar a analizar la producción disponible³.

Dejemos, pues, desiertos y secanos y vayamos a la producción disponible, que la hay, y de diversa calidad, aunque no de la que convierte a un libro en generador de una escuela, un libro de los que abren caminos y trazan nuevos derroteros. Este será de nuevo mi punto de partida, que tiene una ilustración palmaria en algo que acaba de escribir Manuel Pérez Ledesma cuando, después de hablar de los orígenes de la historia del movimiento obrero en Inglaterra, Francia y Alemania, vuelve la vista a nuestro país para constatar que "lo primero que llama la atención es la inexistencia de una tradición similar". No que no haya habido trabajos de historia del movimiento obrero, sino que "ninguno de ellos desempeñó ese papel fundacional que se suele atribuir a los Webb o a Dolleans"⁴. Estoy de acuerdo con esta observación, que extendería a otros campos de la historia social y, en general, de las ciencias sociales de antes de la guerra y ampliaría a la historia social y a las ciencias sociales de la posguerra. Por mucho que aquí se haya denostado *El Mediterráneo*, de Braudel, nada publicado en ninguna lengua española ha cumplido el papel de ese libro ni ha provocado la décima parte del debate que su publicación suscitó en los años cincuenta y sesenta, como nada de lo que nosotros hayamos escrito puede medirse en su aliento y en sus efectos con *La formación de la clase obrera inglesa*, de Thompson ni con *El queso y los gusanos*, de Ginzburg, modelos de nuevas y originales miradas sobre la sociedad, el sentido de procesos sociales y el mundo de la representación. Tres ejemplos de desigual significación, sin duda, con los que únicamente quiero recalcar

² En *Historia social/sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI, 1989, pp. VIII y IX. [Hay nueva edición, sin cambios, con un prólogo de Pablo Sánchez León y una entrevista de Marisa González de Oleaga, en Siglo XXI, 2010].

³ Lo curioso del caso es que tanto “desierto” como “secano” son vocablos utilizados por Casanova en su epílogo para identificar dos momentos diferentes de la producción historiográfica en España, que era, según dice, un desierto a la salida del franquismo y un secano en el día de hoy.

⁴ Manuel Pérez Ledesma, "Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española del movimiento obrero", en J. L. de la Granja y A. Reig, eds., *Manuel Tuñón de Lara*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993, 200.

la primera realidad de nuestra historia social: la ausencia hasta hoy de una obra que funde o simbolice una escuela, una tradición original por su objeto, por el impulso que la anima, por su diálogo con las ciencias sociales, por los métodos de investigación, por la calidad de sus resultados. Y no la ha habido por la misma razón por la que no ha habido grandes obras de sociología: no hay un Bloch por lo mismo que no hay un Durkheim. Sea cual fuere la relación entre historia social y ciencias sociales⁵, una cosa parece clara: nunca se han dado la una sin la otra y en una universidad en la que la sociología no consiguió un espacio institucional propio hasta los años setenta de nuestro siglo, era muy difícil que se hubiese consolidado antes una tradición propia de historia social.

Nada de sorprendente, pues, que no se hayan producido de manera sistemática ni habitual estudios de historiografía sobre nuestra historia social ni como una disciplina histórica parcial con un ámbito propio de investigación ni como ciencia integral, con una perspectiva especial, por decirlo con las dos categorías utilizada en su día por Jürgen Kocka⁶. Desde el pionero y largo artículo -casi un libro- de José María Jover sobre historiografía del siglo XIX, en el que se dedicaba un generoso espacio a la historia social⁷, poco se ha publicado entre nosotros sobre esta cuestión. Es cierto, desde luego, que en los últimos años han aparecido algunos libros y varios artículos que ponen de manifiesto un nuevo interés por seguir los caminos recorridos aquí o en otras historiografías por la historia social. Pero -por empezar con los libros- tanto mi breve incursión en varias corrientes fundamentales de historia social - *Annales*, *Historiadores Marxistas Británicos*, y "Social history"- como la de Julián

⁵ Ver Andrew Abbot, "History and Sociology: the lost synthesis", *Social Science History*, 15, 2 (1991), 201-238 para medir lo lejos que todavía aparece el momento de la síntesis entre ambas disciplinas y John H. Goldthorpe, "The uses of history in sociology: reflections on some recent tendencies", *British Journal of Sociology*, 42, 2 (1991), 211-230, para comprender que la cuestión no se resuelve con invocaciones a la buena amistad, como hace Pérez Ledesma, siguiendo a Smith, en "Cuando lleguen los días de la cólera", *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, Universidad, 1993, p. 187. Por lo demás, creo que mi posición está lejos de ser la de un defensor de la división de trabajo "entre sociologues concepteurs et historiens recolteurs de donnés", como me atribuye Jacques Maurice en "Crise de l'histoire sociale?", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 17-18 (junio-diciembre 1993), p. 66, que lamenta además la "anglomanie dominante dans les milieux intellectuels espagnols", sin duda no tanta como la francomanía de los historiadores franceses que titulan *Dictionnaire des sciences historiques* un volumen en el que apenas pueden encontrarse entradas dedicadas a autores alemanes, británicos, americanos o italianos. La historia de la historiografía no francesa no es precisamente un territorio en el que se puedan citar a muchos autores franceses.

⁶ Jürgen Kocka, "Historia social y económica", en C.D. Kernig, *Marxismo y Democracia. Historia. 5*. Madrid, Rioduero, 1975, pp. 18-19

⁷ José M. Jover, "El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)", en *El siglo XIX en España: doce estudios*. Barcelona, Planeta, 1974, pp. 9-151.

Casanova, que prefiere un modelo interpretativo de nacimiento, auge, crisis y salida del túnel, son intentos de dar cuenta de los avatares de esta forma de hacer historia en otras historiografías más que de indagar en su trayectoria entre nosotros, que yo evitaba expresamente y que Casanova no aborda, a pesar del epílogo sobre el secano español⁸. Es por demás significativo que la revista *Historia Social* publique un número dedicado a dos décadas de historia social sin incluir ni un solo artículo sobre España ni de autor español. Asimismo, no debe de ser casualidad que en el libro editado por Santiago Castillo sobre *Historia social en España* no haya ni un solo estudio de historiografía social de los siglos XIX y XX, aunque no falten los que propongan iniciativas de investigación o traten cuestiones de metodología de algunos de sus diferentes campos⁹.

Esta escasez de estudios historiográficos¹⁰ comienza a remediarse con algunos artículos aparecidos últimamente, debidos a Ángeles Barrio, Carlos Forcadell, Manuel Pérez Ledesma y a mí mismo¹¹. Es significativo, de todas formas, que los tres primeros se refieran a historia de los movimientos sociales o del movimiento obrero, más que a historia social en su conjunto mientras que el mío se limita a apuntar algunas de las tendencias que aparecen en la investigación actual tal como se desprende de lo publicado en los doce primeros números de *Historia Social*. De manera que sin hacer injusticia a mis colegas -ni a mí mismo- me parece que se puede decir que desde el artículo de Jover nadie ha escrito un estado de la cuestión de similar amplitud, erudición y perspicacia crítica. No faltan, y aun sobran, los lamentos sobre la escasez de crítica historiográfica en España, pero lo cierto es que mientras los

⁸ Santos Juliá, *Historia social/sociología Histórica*, Madrid, Siglo XXI, 1989. Julián Casanova, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991, hace suyo el diagnóstico de Tony Judt en largas frases reproducidas textualmente de la p. 126 a la p. 131 y en los ejemplos para mostrar lo mal que anda la historia social -menstruación y ojos azules-, que son los mismos de "A Clown in regal purple: Social History and the Historians", en *History Workshop*, 7 (1979), pp. 66-94. Tony Judt hacía gala entonces de un sólido ethos inquisitorial: su artículo trataba de "condenar" las "desviaciones" de la historia social.

⁹ *Historia Social*, 10 (primavera-verano 1991) y Santiago Castillo, coord., *La historia social en España*, Madrid, Siglo XXI, 1991.

¹⁰ Que no es exclusiva de la historia social, sino que afecta a la generalidad de la historiografía contemporánea, como muestra Ignacio Olábarri, "Les études d'histoire de l'historiographie espagnole contemporaine: un état de la question", en *Storia della Storiografia*, 11 (1987), pp. 122-140.

¹¹ Ángeles Barrio, "A propósito de la historia social, del movimiento obrero y de los sindicatos", en Germán Rueda, ed., *Doce estudios de historiografía contemporánea*, Universidad de Cantabria, 1991; Carlos Forcadell, "Sobre desiertos"; Santos Juliá, "La historia social"; Manuel Pérez Ledesma, "Cuando lleguen" y "Manuel Tuñón de Lara".

investigadores "senior" no tomen como una de sus tareas escribir lo que por ahí llaman "review articles" y publicar críticas de libros, la reseña de novedades ha quedado en general como trabajo marginal y casi como favor que se hace a los colegas. Mi impresión, tras una ya larga dedicación a la materia, es que hacer crítica de libros rara vez sirve para alentar entre nosotros un debate académico.

El caso es que, como escribe Manuel Suárez, "un buen indicador de la situación de una determinada historiografía suele ser el análisis crítico que ella misma hace de su producción"¹². El análisis de la producción propia, y el debate abierto, académico, sobre sus logros y límites, sus tendencias y escuelas, es además una condición previa a la formulación de teorías sobre la historia de la sociedad que la investigación pretende explicar. Reflexionar teóricamente sobre la sociedad y los procesos sociales -sobre la materia, pues, de la historia social- es resultado de una previa acumulación de estudios historiográficos en los que se debate críticamente los trabajos realizados o en curso, lo que de esas sociedades o de esos procesos se sabe hasta ese momento, los problemas pendientes. No hay teoría de la historia ni de la sociedad sin crítica de la producción historiográfica o sociológica. Y así ocurre que los grandes debates historiográficos, algunos de ellos sobre historia social, pasan sin participación española. No se puede citar ninguna contribución española original al debate historiográfico internacional sobre historia social en ninguna de sus posibles modalidades, como historia de la sociedad o de procesos y hechos sociales, como macrohistoria o microhistoria, como historia con el acento situado en la estructura o como historia que penetra las redes de representación del sujeto, como vieja nueva historia social o como historia después del giro lingüístico. Aunque generalizar sea siempre una muestra de pereza mental y, sobre todo, una forma de no-análisis, bien se podría decir que nuestro papel consiste en informar, glosar, sintetizar, condenar o salvar lo que discuten otros sin intervenir (casi) nunca en el centro de la discusión con aportaciones propias: somos, en el mejor de los casos, divulgadores; en el peor, maestros en el arte de los juicios de intención.

Que los debates sean raros y que la reflexión teórica *original* -no sólo de síntesis o de mera repetición de lo que otros dicen- no haya dado todavía ningún producto digno de mención, no quiere decir que no se produzca historia social. Es, por tanto, el momento de preguntar qué historia social se hace y, para ello, es imprescindible

¹² Manuel Suárez, "Historiografía contemporánea reciente", *Bulletin d'Histoire*, p. 403.

comparar lo que aquí se entiende por tal con lo que producen otras comunidades académicas. En Europa y en Estados Unidos, la tendencia de la última década parece clara: la historia social en su más consolidada acepción de historia de la sociedad sigue muy activa, con obras de amplia repercusión que ofrecen nuevas interpretaciones acerca de la emergencia y consolidación de las sociedades contemporáneas en el marco de la nación-estado¹³. A pesar de la permanente evocación de una crisis de la historia social por la disolución de lo "social" a favor del enfoque "lingüístico", por el abandono del análisis sociológico a favor del análisis del discurso¹⁴, mi impresión es que la historia social como historia de la sociedad sigue gozando de excelente salud, entre otras cosas por el enriquecimiento que se ha derivado de su contacto con la sociología histórica.

Sin duda, el propio análisis sociológico ha experimentado ciertos desplazamientos desde el predominio, en los años cincuenta y sesenta, de los grandes paradigmas estructuralistas, funcionalistas y marxistas y el postulado de la sociedad como totalidad unitaria, hacia una concepción de la sociedad como entramado de dimensiones que poseen su propio valor y eficacia y que requieren un tratamiento específico, sean estas la economía, la dominación, y la cultura, como postulaba Weber; el arado, la espada y la pluma, de las que habla Ernest Gellner, o las cuatro redes de poder sobre las que Michel Mann construye su análisis: relaciones ideológicas, económicas, militares y políticas, reductibles como se ve al modelo weberiano y gellneriano con solo incluir lo militar en lo político y llamar cultura a lo que en Mann es ideología¹⁵. De esta concepción de lo social que rompe con el postulado de una totalidad y retorna al de la relativa autonomía de sus diferentes dimensiones se sigue, aparte de una mayor atención a lo cultural (mentalidad, imaginario, interacción simbólica, lenguaje, representación, sentido, ritual, etc.) y a la

¹³ Para unas recientes elaboraciones teóricas, Natalie Zemon Davis, "The shapes of social history", e Irmeline Veit-Brause, "Paradigms, schools, traditions. Conceptualizing shifts and changes in the history of historiography", *Storia della Storiografia*, 17 (1990), 28-34 y 50-65, respectivamente; Hans-Ulrich Wehler, "What is the 'History of Society'?", *Storia della Storiografia*, 18 (1990), 5-19. Aunque excede el ámbito de la historia social, ver también para el debate actual Enrique Moradiellos, "Últimas corrientes en historia", *Historia Social*, 16 (primavera-verano 1993), pp. 97-113.

¹⁴ Ver la discusión en torno a este desplazamiento en la obra de Stedman Jones y Patrick Joyce, iniciada por David Mayfield y Susan Thorne, "Social history and its discontents: Gareth Stedman Jones and the politics of language", *Social History*, 17: 2 (mayo 1992), 165-188 y continuada en la misma revista en los números de enero y mayo de 1993.

¹⁵ Primer capítulo, "Las sociedades como redes organizadas de poder", de Michael Mann, *Las fuentes del poder social*, I. Madrid, Alianza, 1991.

dominación¹⁶ (retorno de lo político, consideración del Estado como objeto en sí mismo de investigación socio/histórica) un tipo de análisis abierto a una mayor indeterminación de los procesos sociales, resultado de una múltiple causalidad, punto de encuentro entre Marx y Max Weber.

Es evidente, por lo demás, que de la historia social crecida al contacto con la sociología y la economía, con ciencias sociales que buscaban lo cuantitativo, lo mensurable, el foco se ha desplazado durante la última década a la búsqueda de una más estrecha relación con la antropología y la lingüística, con ciencias sociales que buscan el sujeto y el sentido. He resumido en el artículo citado el debate en torno al significado de estas tendencias, la apertura a nuevos objetos antes desdeñados (la historia de la mujer, de la pobreza, de la marginación, la microhistoria y la historia cultural serían impensables sin ese desplazamiento), sus implicaciones y algunos indicios de su repercusión en la historiografía española¹⁷. A costa de ser injusto con sus cultivadores y no ofrecer aquí las indicaciones bibliográficas pertinentes¹⁸, prefiero limitar las observaciones que siguen a la historia social como historia de la sociedad y de las clases sociales con objeto de formular una hipótesis de trabajo sobre España.

EL PARADIGMA DOMINANTE DE NUESTRA HISTORIA SOCIAL: LA HISTORIA DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA COMO HISTORIA DE UNA FRUSTRACIÓN / CARENCIA

El supuesto teórico de la interpretación dominante en historia social entendida como historia de la sociedad española contemporánea es el de concebir la sociedad

¹⁶ Es sumamente significativo que el propio Braudel, en una entrevista a *Time*, 23 de mayo de 1977 (citada por Michael Harsgor: "Total History: The Annales School", *Journal of Contemporary History*, 13 (1978), 10) lamentara no haber considerado con "bastante profundidad" el problema de la jerarquía social y confesara con candor que "ya no pensaba la sociedad de la misma manera que hacía cuarenta años".

¹⁷ Sobre microhistoria, acaba de aparecer el excelente trabajo de Justo Serna y Analet Pons, "El ojo de la aguja ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?", en Pedro Ruiz Torres, ed., *La historiografía*. Ayer, 12 (1993) pp. 93-133. Sobre estudios de sociabilidad, en los que destacan ahora los hispanistas franceses, la reseña, "más enumerativa que analítica", de Jordi Canal i Morell, "La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea", en *Historia Contemporánea*, 7 (1992), pp. 183-205. Para historiografía de actitudes ante la muerte, Juan Madariaga, "Thanatos en el archivo. Consideraciones sobre la investigación histórica de las actitudes ante la muerte", *La(s) Otra(s) Historia(s)*, 2 (1989) pp. 77-108, que no puede dar cuenta del importante trabajo de Julio Antonio Vaquero Iglesias, *Muerte e ideología en la Asturias del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1991.

¹⁸ Hay algunos análisis de interés sobre "nuevos territorios" de la historia social en el número 17-18 del *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, donde se pueden encontrar abundantes referencias bibliográficas.

como una totalidad con subsistemas, de los que el económico es el determinante. El primer contenido de esa interpretación debe afectar, pues, a la economía, que se considera bajo el peso del fracaso de la revolución industrial. El fracaso económico determina la frustración de la sociedad civil, que mantiene durante todo el siglo XIX y hasta la mitad del XX una estructura arcaica, sobre todo porque carece de una auténtica burguesía industrial. Sin sociedad civil poderosa y articulada, el Estado es ineficiente y débil e incapaz de desarrollar las tareas propias del moderno Estado nacional. Fracaso industrial, debilidad de la burguesía, ineficiencia del Estado como creador de la nación determinan la hegemonía cultural de estamentos e instituciones del Antiguo Régimen: tal sería en su más abstracta desnudez el paradigma dominante.

La hipótesis que desearía proponer es que tal vez ha llegado el momento de revisar ese paradigma de la historia de la sociedad española como la de una frustración/carencia, elaborado por la generación intelectual de 1914 y reforzado, tras la experiencia de la guerra civil y el franquismo, por historiadores que trabajaban en un marco conceptual heredero simultáneamente de la Escuela de Annales y del marxismo y que impregna también a la naciente sociología. Se trata por tanto de revisar la historia de una idea, cuya biografía habría algún día que escribir, que es indisociable de la experiencia política de varias generaciones de españoles que explicaron su tiempo como desastre (generación del 14) o como frustración, carencia y, en definitiva, fracaso (generación de los nacidos en torno a 1930 y que empezaron a construir su obra en la cima del franquismo) y que sólo la nueva experiencia social y política de una generación que produce sus primeros trabajos en los años ochenta permite someter a crítica. Me limitaré aquí a formular algunas indicaciones acerca de la presencia de este paradigma en la sociología y la historiografía actuales y de las razones de índole historiográfica que existen para proponer matices tan sustanciales que quizá podrían conducir a su abandono.

Tras una primera irrupción en los años treinta, los años sesenta presencian la emergencia de la sociología en España que, obviamente, reflexiona sobre la realidad cambiante de la que ella misma pretende convertirse en guía. La sociología, que busca tendencias a largo plazo y causas estructurales, conceptualizó al franquismo como una especie de resultado orgánico de nuestra anterior historia, entendida precisamente de tal modo que lo explicaba como un fenómeno por así decir natural y hasta buscado. La crisis de los años treinta y la guerra civil se presentaron como resultado del predominio de los intereses agrarios, el consiguiente fracaso industrial, la resultante

debilidad de la burguesía y la inexistencia o poca densidad de las clases medias. El franquismo sería así la coronación, el culmen de nuestro fracaso histórico para construir una sociedad moderna, industrial, capitalista en el marco de un sistema político liberal y democrático; el punto de llegada de lo que Flaquer, Giner y Moreno llaman la "modernización frustrada" (concepto con el que cubren toda la historia de España desde 1808 hasta 1936)¹⁹; la "fórmula política que habían estado buscando las derechas españolas desde 1808", como asegura el mismo Giner, esta vez con Sevilla-Guzmán y Pérez Yruela²⁰. Carlos Moya, por su parte, en una interpretación menos determinista, y algo más compleja, del siglo XIX y de la Restauración situaba todo el proceso bajo la "dramática paradoja" de la contradicción entre un "modelo liberal para una sociedad sin clase nacional burguesa; un sistema 'moderno' de fórmulas ideológicas y organizativas para una estructura social que hace imposible su vigencia en cuanto esa práctica realidad colectiva constituye la negación radical de aquel proyecto político". La raíz del problema consistiría en que España carecía de un Estado Nacional mínimamente moderno y racional, en cuyo marco se desarrollara paulatinamente un mercado y una clase nacional burguesa²¹.

Un punto fundamental de esta interpretación es que en la sociedad española no hubo una verdadera y sustantiva clase media hasta los años sesenta de nuestro siglo. Los sociólogos, muy conscientes de su papel como privilegiados testigos de un cambio social que interpretaban como transición de una sociedad agraria, preindustrial, tradicional a otra industrial, capitalista o moderna, tendieron a sobrestimar la magnitud y radicalidad del cambio que ocurría bajo sus ojos sin percibir en el pasado más que un sistema social prácticamente inmutable en su estructura de clases desde comienzos del siglo XIX. Es significativo que un analista tan sutil e inteligente como Alfonso Ortí no perciba en la España anterior a la guerra civil más que "viejas clases medias patrimoniales" o pequeñas burguesías nucleadas en torno a la pequeña propiedad y la pequeña producción²². La sociología ha insistido

¹⁹ Lluís Flaquer, Salvador Giner y Luis Moreno, "La sociedad española en la encrucijada", en S. Giner, ed., *España. Sociedad y Política*, Madrid, Espasa Calpe, 1990, 21-24.

²⁰ Eduardo Sevilla-Guzmán, Manuel Pérez Yruela y Salvador Giner, "Despotismo moderno y dominación de clase. Para una sociología del régimen franquista", *Papers*, 8 (1978) p.141.

²¹ Carlos Moya, *El poder económico en España, 1939-1970*, Madrid, Tucur, 1975, p. 60.

²² Alfonso Ortí, "Estructura social y estructura del poder: viejas y nuevas clases medias en la reconstrucción de la hegemonía burguesa", en *Política y Sociedad. Estudios en homenaje a Francisco*

en el arcaísmo de la estructura social, en la "debilidad y casi práctica inexistencia de la burguesía a nivel nacional", en el fracaso de la revolución burguesa como consecuencia de ese hecho y en la carencia de una clase media²³, como si sirvieran para toda la España de 1836 a 1936 las reflexiones de Larra sobre la inexistencia de una clase media situada entre la aristocracia y el pueblo. Prevalió así, como explicación de la sociedad española desde la revolución liberal hasta el franquismo una especie de argumento circular: el fracaso industrial determinó una estructura de clases arcaica que a su vez ahondó el fracaso industrial, impidió la formación de una clase burguesa a nivel nacional y determinó en consecuencia el fracaso de la revolución burguesa del que el franquismo sería último resultado. Es como si se dijera, exagerando un poco, que en la sociedad española no pasa realmente nada desde 1836 a 1936. El resultado: la guerra civil, Franco y su régimen.

La interpretación de la historia contemporánea como una frustración/carencia no es exclusiva de sociólogos. El paradigma predominante en sociología encuentra un perfecto correlato en la historia económica y social que ha postulado el estancamiento agrario y el fracaso industrial como núcleo de nuestra diferencia. Los historiadores del siglo XIX, tanto económicos como sociales y políticos, han insistido en similares temas: desde Vicens Vives, nuestra historiografía parte del supuesto de un estancamiento agrario que determina en buena medida, al no garantizar suficientes niveles de demanda, el fracaso de la revolución industrial. Estancamiento y fracaso que tiene su expresión social en una revolución burguesa frustrada en sus objetivos finales por la debilidad o escasa "densidad numérica" de la clase llamada a cumplirla, temerosa del campesinado y de la clase obrera, y que aún si en ocasiones señaladas "avanzaba con ímpetu" sólo era para retroceder ante "los primeros chispazos de desorden público"²⁴, hasta que finalmente renunciaba a su propia revolución para echarse en brazos de la aristocracia tanto en los mecanismos de obtención de rentas - formándose así una burguesía terrateniente mientras se consolidaba una aristocracia financiera- como en sus pautas de consumo o en su cultura política. A esa mezcla de viejos y nuevos terratenientes se habría añadido enseguida la burguesía industrial,

Murillo Ferrol, Madrid, CIS y CEC, 1987, p. 724. Y Ortí es de los escasos sociólogos españoles realmente interesados por la historia de la estructura y de las clases sociales.

²³ Tres puntos señalados por José Félix Tezanos, *Estructura de clases en la España actual*, Madrid, Edicusa, 1975, p.28, pero que son lugares comunes en casi toda la sociología.

²⁴ Jaime Vicens Vives, *Manual de Historia Económica de España*, Barcelona, Vicens Vives, 1967, p. 552.

muy débil e interesada por tanto en alcanzar un pacto con los terratenientes/financieros sobre el que se habría erigido la oligarquía. De este modo, el análisis de la estructura de la sociedad española desde la revolución liberal de los años treinta del siglo XIX se limita a variantes respecto a lo que Richard Herr denominó "the entrenchment of a new oligarchy": "aristócratas con pedigrí y terratenientes arribistas, manufactureros vascos y catalanes, promotores urbanos, constructores de ferrocarriles y explotadores de minas: todos juntos formaron la nueva clase dominante de España" que habría de permanecer en el poder desde los años cuarenta del siglo XIX hasta los treinta del XX. O, como lo ha escrito Raymond Carr: "el trigo castellano, los textiles catalanes, el hierro y el acero de las provincias vascas, el carbón de Asturias y las distintas exportaciones agrícolas y mineras del Sur, configuran los grandes intereses económicos del siglo"²⁵.

El resultado en el plano político del estancamiento agrario, del fracaso industrial, de la permanente debilidad de la burguesía y de la inexistencia de clase media sería la siempre intentada pero nunca lograda revolución democrático-burguesa y, al final del proceso, la guerra civil y el franquismo. No es que no haya existido en España una burguesía revolucionaria: la revolución de los años treinta prueba bien el arrojo político de la burguesía, como lo manifestara de nuevo la revolución de Julio y la Gloriosa. No se trata de eso, sino de que una vez iniciada la revolución, y dada su debilidad, la burguesía se asusta de su propia obra y recurre a una alianza con la nobleza o llama directamente a los militares para detener el curso de su propia revolución: "el pueblo les da miedo", como ha escrito uno de los más destacados tratadistas de la revolución burguesa. De ahí que pueda postularse una "refeudalización" después incluso de que se hubiera realizado la revolución burguesa²⁶. No es de extrañar que entre los historiadores sea imposible el acuerdo en torno a la fecha de la consumación de la revolución y que un mismo historiador se encuentre en el caso de atribuir una determinada revolución a la burguesía para inmediatamente después endosar la contrarrevolución al mismo sujeto en virtud de no sea sabe muy bien qué proceso dialéctico. La dialéctica, como la contradicción, sirve así igual para un roto que para un descosido, para traer por ejemplo una república

²⁵ Richard Herr, *An historical essay on Modern Spain*, Berkeley, University of California Press, 1974, p. 97. Raymond Carr, *España, 1808-1939*. Barcelona, Ariel, 1969, p. 203.

²⁶ Alberto Gil Novales, "Las contradicciones de la revolución burguesa española", en A. Gil Novales, ed., *La revolución burguesa en España*, Madrid, Universidad Complutense, 1985, p. 55.

como para acabar con ella, para impulsar una revolución democrática como para animar una contrarrevolución autoritaria; la burguesía siempre tiene una contradicción a mano para salir de un mal paso. En este marco conceptual tiene su propia lógica que tanto la República española como el régimen de Franco se postulen como obra de la burguesía. Por supuesto, no cabe la menor duda respecto a que los conflictos sociales de raíz agraria hayan causado las tensiones que condujeron a la guerra civil²⁷ pues, en definitiva la forma peculiar de llevar a cabo nuestra revolución burguesa fue lo que "nos condujo... al franquismo".

El problema de este paradigma de nuestra historia social es que la misma tesis de fondo sirve para explicar la aparición del liberalismo, el estallido de diversas revoluciones, las diferentes reacciones restauradoras, varias dictaduras militares y más de una democracia. Atribuir todo eso a una burguesía débil, que inicia revoluciones, se asusta de su propio arrojo, tiene miedo del pueblo, llama a los militares y establece un régimen de excepción hasta que vuelve a empezar con otra revolución es tal vez muy sugestivo pero inservible. Una sociedad no puede ser simultáneamente tan inmadura como para entregarse en 1923 a un dictador y siete años después tan madura como para establecer pacíficamente una democracia que en solo cinco años queda destrozada bajo una nueva dictadura. En su más extremada concepción, la oligarquía aparece como agente único de todo este proceso, utilizando al ejército como brazo armado o, cuando sus intereses así lo exigen, desprendiéndose del ropaje autoritario para ensayar fórmulas democráticas que, finalmente fracasadas, la inducen a llamar de nuevo a los generales en su auxilio. Franco sería la última expresión de esa historia.

ELEMENTOS PARA UNA REVISIÓN

Este paradigma de la historia de la sociedad española contemporánea debería confrontarse con la reciente investigación historiográfica, porque en los últimos años han aparecido trabajos suficientes para someter a discusión cada uno de los elementos en los que se sostiene esa interpretación y la interpretación en su conjunto. Si eso fuera así, quizá estaríamos en condiciones, y habría llegado ahora el momento, de liberar nuestra visión de la historia social contemporánea de la carga de una secular frustración/carencia y de las connotaciones de necesidad, inevitabilidad, como de tragedia, que han impregnado buena parte de nuestra reflexión historiográfica desde la

²⁷ Josep Fontana y Jordi Nadal, "Spain", en *The Fontana Economic History of Europe*, Glasgow, Collins y Fontana, 1978, pp. 485-6.

generación del 14, la primera que, al confrontarla con los modelos alemán y francés, la entendió globalmente como un no-ser: no-ser de la economía, no-ser de la sociedad, no-ser de la nación, no-ser del estado.

Las incitaciones a esta revisión proceden sobre todo de la rama de la historia que más ha contribuido en las dos últimas décadas a aumentar nuestros conocimientos y ampliar nuestros horizontes y que, casualmente, es la que servía de cimiento a toda la anterior construcción. Me refiero, claro está, a la historia económica. Para empezar por el comienzo, por la base agraria del paradigma de la frustración/carencia: José Ignacio Jiménez Blanco ha podido titular "Expansión y cambio en la agricultura española" el periodo comprendido entre los años 1900 y 1936 y detectar un "decidido ánimo renovador" en los agricultores españoles del periodo²⁸. De hecho, entre 1900 y 1929, la población activa agraria descendió 21 puntos porcentuales -del 66.3 al 45.5 por 100- mientras que la italiana, en el mismo periodo de tiempo, y partiendo de una magnitud similar no llegó a perder ni diez puntos, pasando del 63 al 53.8 por 100²⁹. Si completamos esta visión de la agricultura de antes de la guerra con la que ha investigado Carlos Barciela para los años inmediatamente posteriores tendríamos que el franquismo, más que resultado de un estancamiento agrario, fue su causa. El franquismo no podría entenderse como consecuencia de una estructura social agraria inmóvil y creadora de insostenibles tensiones sino como quiebra de una línea de cambio y expansión, lenta, desde luego, pero sostenida; interrumpe más que culmina un proceso; provoca la ruina de la agricultura más que es causado por ella³⁰.

Una conclusión similar podría obtenerse para la industria de los trabajos realizados, entre otros, por Albert Carreras y Leandro Prados. Aún si no siempre están de acuerdo entre ellos acerca de las tasas y ritmos de crecimiento, sí comparten la visión de un proceso de industrialización más largo y sostenido del que podría derivarse de la escueta tesis del fracaso industrial. Por una parte, el momento del

²⁸ José Ignacio Jiménez Blanco, "Introducción", en R. Garrabou, C. Barciela y J.I. Jiménez Blanco, eds., *Historia agraria de la España Contemporánea. 3. El fin de la agricultura tradicional, 1900-1960*, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 45 y 116. Al Grupo de Estudios de Historia Rural se deben, aparte de muchos y valiosos trabajos, las imprescindibles *Estadísticas históricas de la producción agraria española, 1859-1935*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1991.

²⁹ Leandro Prados de la Escosura, "Crecimiento, atraso y convergencia en España e Italia: Introducción", en L. Prados y V. Zamagni, eds. *El desarrollo económico en la Europa del Sur: España e Italia en perspectiva histórica*. Madrid, Alianza, 1992, p. 48.

³⁰ "La causa esencial, aunque no exclusiva de la crisis fue la propia política agraria que los sucesivos gobiernos franquistas pusieron en práctica a lo largo de la década", afirma Barciela: "Introducción", en R. Garrabou, C. Barciela y J. I. Jiménez Blanco, eds., *Historia agraria*, p. 388.

arranque de la industrialización se sitúa más lejos en el tiempo, "en esos veinte o treinta años que van de 1831 o 1842 hasta 1861". Por otra, aunque el proceso atraviesa algunos momentos de desaceleración, la única discontinuidad que ambos perciben en la industrialización de España es la guerra civil, que implica el derrumbe del producto industrial con la secuela posterior, debida a la política económica altamente proteccionista y autárquica del régimen, de una muy lenta recuperación³¹. De nuevo, el franquismo no aparecería entonces como culminación de un fracaso de industrialización sino como el régimen que provoca la quiebra de un crecimiento sostenido a largo plazo que si no es suficiente para alcanzar el nivel de los países de Europa occidental, tampoco es tan dramáticamente distinto del de otros países del área mediterránea, como Italia³².

Pero el corpus de investigaciones de historia económica que ha revisado la arraigada tesis de la frustración/carencia no tiene un equivalente en sociología ni en historia social. Los sociólogos españoles no se encuentran particularmente inclinados a la investigación histórica y aunque han refinado notablemente sus análisis sobre las clases sociales en la sociedad actual³³, sobre el pasado suelen repetir la interpretación recibida: modernización frustrada, burguesía débil, carencia de clase media, dictadura. Por su parte, no pocos de los historiadores de una nueva generación que reclama una historia teórica y alientan revistas de historia social, parecen conformarse también con la visión y -lo que es más duro de entender- el marco teórico recibidos: burguesía débil que, por miedo a su aliado popular, se arroja en manos de la aristocracia para formar la oligarquía y llamar, cuando su poder corre algún peligro, en su auxilio al ejército. Una visión reduccionista de la sociedad que conduce lógicamente a una visión reduccionista de lo político, hasta el punto de que el desarrollo global del proceso político, pero también cualquiera de los múltiples cambios de gobierno y hasta de régimen se atribuyen directamente, sin mediación de ningún tipo, a la oligarquía, a la burguesía, o en general a las clases dominantes. Hasta hoy mismo, la

³¹ Albert Carreras, "La industria: atraso y modernización", en J. Nadal, A. Carreras y C. Sudrià, comps., *La economía española en el siglo XX*. Barcelona, Ariel, 1987, p. 285.

³² Albert Carreras, "La producción industrial en el muy largo plazo: una comparación entre España e Italia de 1861 a 1980", en L. Prados y V. Zamagni, eds., *El desarrollo*, p. 187, para la comparación y Leandro Prados de la Escosura, *De Imperio a Nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*, Madrid, Alianza, 1988, para la tesis del crecimiento-cum-atraso.

³³ Véase, por ejemplo, el magnífico trabajo dirigido por Julio Carabaña y coordinado por Juan Jesús González, *Clases sociales: estudio comparativo de España y la Comunidad de Madrid*, Madrid, Consejería de Economía de la Comunidad de Madrid, 1992.

antropomorfización que Thompson criticaba como una forma fácil de historia y el rechazo a considerar la autonomía, siquiera relativa, de lo político, de las relaciones de poder en el conjunto de relaciones que constituyen una sociedad, es perceptible en afirmaciones como que la burguesía llama a tal o cual general para elevarlo al poder o en la no menos antropomórfica imagen del ejército como brazo ejecutor de la oligarquía agraria e industrial, afirmaciones que se pueden encontrar en diferentes libros publicados después de 1990.

De ahí que el avance en nuestros conocimientos del proceso económico no se haya visto acompañado de un similar progreso en nuestros conocimientos de la sociedad. A pesar del desaliento que impregna la crítica de Ángeles Barrio, quizá haya que estar de acuerdo con ella cuando dice que aún están por estudiar “otras realidades diferentes a los jornaleros del campo andaluz, los mineros vizcaínos y asturianos o los obreros textiles barceloneses”; que “no se sabe aún lo suficiente del las transformaciones del mundo agrario”; que “no se conoce la movilidad de los antiguos oficios, del mismo modo que se desconoce por completo qué ocurrió con la disolución de los gremios y la supuesta liberalización del mercado de trabajo”; que “apenas se conoce la estructura social de las ciudades, especialmente los sectores de las clases medias bajas” y, en fin, que “se sabe poco de las mujeres trabajadoras”³⁴.

Es probable, sin embargo –y esta es la hipótesis que quisiera formular-, que si se realizaran investigaciones sobre las clases sociales tan rigurosas como las que se han publicado sobre la economía, la interpretación de nuestro pasado agrario e industrial como el de una crecimiento lento pero sostenido que se acelera desde 1910 y se interrumpe con la guerra y el franquismo valdría también para definir el proceso de formación de la sociedad capitalista y de la moderna estructura de clases. Sin pretender que España fuera una sociedad moderna, o plenamente capitalista, en su estructura de clases, es indudable que las categorías profesionales incrementaron significativamente su peso en los treinta primeros años de siglo, mientras se reducía en términos absolutos y relativos el peso de la población agraria y crecían, hasta doblar su tamaño, las grandes ciudades. Como el masivo estudio de Francisco Villacorta demuestra, la clase media española de la Restauración estaba ya muy lejos de reducirse a viejas clases medias patrimoniales: son profesionales y burócratas los

³⁴ Ángeles Barrio, “A propósito de la historia social, del movimiento obrero y de los sindicatos”, en Germán Rueda, ed., *Doce estudios de historia contemporánea*, Universidad de Cantabria, 1991, pp. 56-57.

que llenan sus filas y en una proporción muy superior a la que podría deducirse del postulado de que las nuevas clases medias surgen únicamente con ocasión del desarrollo de los años sesenta³⁵.

El vivo ritmo de construcciones que van colmatando los ensanches de las principales ciudades durante el primer tercio de nuestro siglo y, sobre todo, en los años diez y veinte, no habría sido posible sin un aumento de la demanda que sólo podía proceder de una clase media en expansión. Una economía más dinámica de lo que se había supuesto, una sociedad que experimentaba ya procesos de cambio: ni que decir tiene que ambos fenómenos no eran ajenos al extraordinario momento de creatividad cultural que vivió España en lo que se ha llamado con razón su Edad de Plata. Esa vitalidad habría sido imposible sin un mercado suficientemente amplio para consumir sus productos: fenómenos como el modernismo y el racionalismo en arquitectura, los movimientos de renovación literaria, la impresionante y variada publicación de periódicos, la edición de libros, no se comprenden si no se tiene en cuenta la presencia de una clase media en continua expansión y accediendo a unos hábitos de consumo y a una cultura política que no tiene nada que ver con la vieja clase media patrimonial. Precisamente, en el auge de esta clase media se ha visto, con razón, una de las condiciones de la democratización de la vida política que tienen en la República su prueba más palpable³⁶. Sería una contradicción -sostener a la vez una tesis y su contraria- presentar la república y la dictadura como resultados orgánicos de la evolución histórica de la misma sociedad; o una cosa o la otra, pero no ambas a la vez y simultáneamente. Más que resultado de una estructura social arcaica, más que la culminación de una revolución burguesa fracasada, el franquismo, en esta hipótesis, sería interpretado como interrupción o quiebra de un proceso de modernización, de acelerada transformación, llena de tensiones, como en todas, de la estructura social.

Pero la historia social como historia de la sociedad no acaba de enfrentarse a la cuestión ni de constituir como primordial centro de su interés el problema de la formación de la nueva estructura de clases, surgida de la revolución liberal. Pues, en efecto, una característica de nuestra tradicional historia social es que hablaba de lo que la burguesía había hecho o dejado de hacer cuando apenas se sabía nada de ella,

³⁵ Franciso Villacorta, *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*. Madrid, Siglo XXI, 1989.

³⁶ Shlomo Ben Ami, *Los orígenes de la Segunda República española: anatomía de una transición*. Madrid, Alianza, 1990.

del número de burgueses, de la procedencia de sus ingresos, de sus actividades, de sus empresas, por no hablar ya de cuestiones como su mentalidad o su cultura y sus comportamientos políticos. Lo mismo podría decirse de la historia de la nobleza o, a pesar de una más amplia dedicación a la materia, de la historia de la clase obrera. No hay una historia de nobleza española del siglo XIX, por ejemplo, y lo que sabemos sobre su célebre pacto con la burguesía es, en términos conceptuales, lo mismo que ya contaba el marqués de Miraflores en sus memorias.

Esta situación está cambiando y es ese cambio lo que permite abrigar fundadas expectativas para el futuro. La muy rápida expansión de los estudios de historia urbana, de una calidad poco común, es la más segura garantía de que el futuro de la historia social como historia de la sociedad es mucho más prometedor de lo que una crítica que no tomara en cuenta el proceso real de acumulación de conocimientos pudiera detectar. Porque ya no se trata de la burguesía como una abstracción sino de burgueses que aparecen con sus nombres y apellidos, sus patrimonios, sus empresas, sus familias y, en algunos casos, su cultura. Los trabajos de los autores que han colaborado en el VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España, dirigido por Manuel Tuñón de Lara, el estudio de Pons y Serna sobre Valencia, la tesis doctoral de Jesús Cruz sobre Madrid, constituyen algo más que una promesa: comenzamos a saber mucho de la estructura social de muchas ciudades, de sus burguesías, de sus grupos dominantes. Las clases sociales, que en cierta historiografía aparecen como hipóstasis dotadas de cualidades humanas comienzan a adquirir rostros y maneras definidas³⁷.

Porque una cosa debería quedar clara: cuando se critica el reduccionismo del análisis predominante no se pretende, en modo alguno, arrojar por la ventana a la criatura con el agua sucia en la que se ha bañado durante tanto tiempo. No se trata de liquidar las clases sociales ni de subestimar la importancia del análisis de clase para la comprensión de las relaciones de poder en la formación del Estado nacional español de los siglos XIX y XX. De lo que se trata es de que no pase por historia teórica lo

³⁷ José L. García Delgado, ed., *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992; Analet Pons y Justo Serna, *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del siglo XIX*, Valencia, Diputació de Valencia, 1992; Jesús Cruz, *Gentlement, bourgeois, and revolutionaries. Political change and cultural persistence among the Madrid dominant groups, 1750-1850* (manuscrito). Hay, sin duda, mucho más, pero como la historia urbana tiene un espacio propio, me limitaré a recordar el estado de la cuestión publicado por Ángel Bahamonde, "La historia urbana", *Ayer*, 10 (1993) pp.47-61, donde se pueden encontrar más referencias.

que no es más que un vulgar funcionalismo servido en lenguaje marxista; se trata, por tanto de reivindicar para la clase social su verdadero status, sin convertirla en una especie de sujeto con intereses perfectamente transparentes y dotado de sentimientos y de voliciones característicos de una persona.

Un análisis de clase, pues, que además de investigar la estructura social basada en la producción, indague en las ideas y actitudes de los miembros de cada clase y en la determinación de los fines colectivos por medio de la acción organizada. Es evidente que las clases pueden llegar a tener intereses comunes a todos sus miembros, pero no lo es menos que esos intereses no son obvios, que se construyen socialmente por medio de núcleos organizativos que tienden también a reinterpretar los intereses de clase en función de los intereses de la propia organización³⁸. No se entendería, de otro modo, que en la República, por ejemplo, uno de los conflictos sociales más agudos fuera el que opuso a dos grandes organizaciones obreras, o que en la revolución de julio de 1854 grupos de burgueses dirigieran las juntas revolucionarias mientras otros veían en la impotencia cómo ardían sus muebles.

Tres niveles de análisis -estructura de clase, organizaciones de clase, ideas y actitudes de clase- que permitirán renovar nuestro conocimiento del proceso de constitución de la sociedad capitalista y del Estado nacional a condición de que el ámbito de la investigación no se reduzca a la historia local. Pues, en efecto, las clases de la sociedad capitalista no se constituyen en el ámbito de la ciudad sino en el del estado: sin moneda, sin sistema financiero, sin infraestructuras de transporte y comunicaciones, sin mercados, es simplemente imposible pensar la burguesía como clase, como también lo es pensar la clase obrera. Y aquí es donde probablemente nuestro déficit actual es más grave, porque no afecta solo al nivel o volumen de conocimientos sino al marco en el que ese proceso tiene lugar y que no se puede construir como mecánico resultado de una acumulación de datos locales sobre los que en un segundo momento se podría edificar una interpretación de lo ocurrido en el plano nacional. La burguesía es, por definición, una clase nacional, y en este sentido su configuración local está también determinada por el proceso de su formación como clase nacional –dando a la palabra nacional toda la neutralidad valorativa que se

³⁸ Sigo aquí muy de cerca el modelo de análisis que proponen Rueschemeyer, Stephens y Stephens en *Capitalist development and democracy*, Cambridge, Polity Pres, 1992, pp. 51-57, donde formulan una plausible defensa de una tesis ya enunciada por Goran Therborn: que el empuje final hacia la democracia no ha procedido tanto de la burguesía como de las organizaciones de la clase obrera, más interesadas en la ampliación del sufragio.

quiera; no se trata ahora de plantear la cuestión de la existencia o no de una nación española-. Lo que quiero decir es que la exacta comprensión del proceso de formación de la burguesía comercial valenciana, pongo por caso, sólo será posible si al mismo tiempo se trabaja en la comprensión del proceso de formación de la burguesía española. Y en este terreno, como en el de la formación de las clases medias o de la clase obrera, casi todo el camino está por recorrer.